

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LAS MARTAS Y LAS MARÍAS.

¿Cuál de mis lectores no ha oído denigrar la vida de esas angelicales criaturas que moran en los claustros? y por el contrario, quién no ha oído tributar homenajes mas ó menos entusiastas á esas laboriosas hermanas de la Caridad que á la cabecera del herido y del apestado sacrifican generosamente sus vidas? Libreme Dios de disputar á esas heroínas del amor la merecida palma con que premia el mundo sus virtudes. También yo admiro y aplaudo á esas candorosas vírgenes, que consagradas al servicio del Esposo divino, creen descubrir su fisonomía celestial en la pálida faz del moribundo, y oír su dulce voz en el tierno vagido del niño abandonado. También yo admiro y aplaudo á esas flacas mugeres que combaten varonilmente el imperio del mal, sin mas armas que la sencilla cruz de madera que pende de su graciosa cintura, sin mas escudo que el tosco relicario que guarda su casto pecho. Con todo, al oír á esos filántropos de perspectiva, á esos *pontífices* de la política, razonar con magistral aplomo sobre las instituciones de la Iglesia, ensalzando hasta las nubes al clero *trabajador* y á las monjas *laboriosas*, no puedo menos de entreabrir mis labios á una ligera sonrisa, porque se me figura que estoy oyendo á un patán que alaba la fluidez y elegancia de unos versos midiéndolos con el compás, y que pondera el mérito, proporción

y hermosura de una estatua calculando las arrobas de su peso.

Con qué! ¿se ha de avalorar el mérito de las religiosas por la cantidad de su trabajo? Abramos el evangelio: Marta solícita y afanosa procura alimentar á Jesus con manjar de la tierra; María en santo ocio, sentada á los piés de Jesus, nutre su espíritu con el manjar del cielo; y Jesucristo no alaba el penoso trabajo de la primera, sino el dulce descanso de la segunda. Así vuelto á Marta, le dice con paternal cariño: *Marta! Marta! tú andas turbada en muchas cosas; sola una es necesaria. María ha escogido la mejor parte.* Está bien que se celebren los afanes de esas Martas que alimentan á Jesus en sus pobres con pan corruptible; pero los que no se crean bastante *ilustrados* para hacer *progresar* el evangelio, guárdense de censurar el santo ocio de esas Marías que son alimentadas á los pechos de Dios con la leche del cielo. Pues qué! ¿os parece que serán mas santas las manos que se emplean en el servicio del hombre, que las que se consagran al divino servicio? ¿Será mas virtuosa la lengua que habla á nuestros oídos palabras de consuelo, que la que eleva hasta los oídos de Dios sus voces de alabanza? ¿Será mas perfecto el corazón cuando la caridad lo convierte en urna que vierte sobre las llagas de la humanidad las gotas de un bálsamo suavísimo, que cuando esa misma caridad lo convierte en altar de oro donde perfumea el

timiamas grato á Dios de la oracion ferviente? ¿Y no será el alma tanto mas perfecta, cuanto mas estrechamente se comuniquen con la perfeccion infinita?

Venid acá, apóstoles del trabajo; mostradme esas manos perfumadas que no han encallecido manejando el azadon ó el martillo, que solo manejan la pluma liviana con que combatis sin cesar esos que llamais *palacios de la holganza*, y decidme ¿qué es el trabajo? ¿Es el *ejercicio penoso de los miembros del cuerpo*? Entonces no trabaja el sabio que se sepulta vivo entre los estantes de una biblioteca, no trabajan los inspirados artistas que inmortalizan su nombre con sus divinas obras, no trabajan esos famosos inventores cuyos descubrimientos son el orgullo y la gloria de nuestro siglo, no trabajais tampoco vosotros que con fecundidad asombrosa concebís y dais á luz mil partos prodigiosos. Si el trabajo es *el ejercicio penoso de las facultades del hombre*, entonces cuanto mas noble, mas activa y mas provechosa sea la facultad que se ejercite, tanto mas provechoso, activo y noble será el trabajo. ¿Dudais que las facultades del alma sean mas nobles, mas activas y mas provechosas que las del cuerpo? ¿No es mas noble el ingenio de Homero que crea su inmortal *Iliada*, que las manos del tosco cajista que la ordena y compone con fundidos caracteres? ¿No es mas activa la imaginacion de Aníbal que traza en un momento el milagroso camino al través de los Alpes, que los piés de sus soldados quienes entre profundos barrancos y altísimas cimas practican el largo y peligroso rodeo para sorprender á Roma dormida en la llanura? ¿No es mas provechoso el talento de Miguel Angel que señala sobre el papel las líneas de su asombrosa cúpula, que los hombros de los obreros que colocan las piedras sobre esas líneas gigantescas? Ahora bien; si es provechoso el trabajo del cuerpo que riega con su sudor los feraces campos, y mas provechoso aun el del ingenio que fecundiza con sus desvelos el campo de las ciencias, ¿por qué ha de ser nocivo el trabajo del espíritu que cultiva con sus vigiliass el campo de las virtudes? Si es activo el pié del

hombre que dá la vuelta al mundo, y mas activa su mente que sigue el curso de los astros, ¿por qué ha de ser perezoso el espíritu que recorre los interminables caminos de la eternidad? Si es noble la mano que amasa el barro, y mas noble el talento que combina los rasgos de la verdad, de la justicia, de la belleza, ¿por qué sería ignoble el espíritu que se extasía ante los rasgos divinos de la belleza increada, de la justicia eterna, de la verdad absoluta? Poco sabe el hombre que solo vé á la luz del sol, mucho mas sabe el que vé á la luz de la inteligencia, pero todo lo sabe el hombre dichoso que vé á la luz de Dios. Leed los libros inspirados, y vereis como allí está todo: desde el primer rayo de luz de las estrellas al colocarse en el firmamento, hasta su último destello cuando caigan del cielo, como *cae el fruto de la higuera azotada del vendabal*. O teneis que negar las nociones elementales del trabajo, ó teneis que admitir que el del espíritu contemplativo es el mas útil, activo y noble de los trabajos.

La vida claustral no solo tiene en su favor la sentencia del evangelio y el juicio de la sana filosofía, sino tambien la prueba inconcusa de la esperiencia. ¿No habeis observado jamás la penitente y laboriosa vida que llevan esas almas á quienes el mundo tilda de ociosas? Si alguno de esos eternos declamadores quisiese tomarse la molestia de dejar unos momentos su vida de bullicio y de placeres, yo le llevaria de la mano á uno de estos santos asilos; le mostraria aquellas ventanas contra cuyas dobladas rejas van á estrellarse los vientos de la vanidad y de la soberbia; le haria pasar aquel dintel que jamás traspasan las pasiones mundanales; le haria recorrer aquel silencioso claustro, aquellos solitarios corredores, aquella modesta huerta; y si mi acompañante tuviese un alma sensible, se espaciaria sin duda respirando aquellas auras embalsamadas con el aroma de la virtud. Pero donde quedaria mudo de asombro seria cuando, al dar la media noche, oyese interrumpirse el sepulcral silencio por el tañido sonoro y lúgubre de la campana, y luego viese abrirse suavemente las simétricas puertas, y

aparecer sobre su dintel y desfilar con callados pasos entre las sombras las penitentes figuras de aquellas vírgenes angelicales. ¿Y qué fuera si yo le dijese al oído: «esos talles que veis esbeltos, pero adelgazados por la maceración y el ayuno, fueron un tiempo el orgullo del siglo; esos cuerpos que visten cilicio, hallaban pesada la seda y tosca la holanda; esos piés que veis descalzos, pisaban desdeñosamente pulidos mármoles y recamadas alfombras; esas manos demacradas que ahora empuñan las disciplinas, resplandecían un tiempo con el oro y los brillantes? Esta es la hora en que el mundo se aduerme en brazos de sus criminales placeres, y en que se llena hasta el borde la copa de la ira de Dios y amenaza verterse sobre las culpadas cabezas; y esas almas candorosas abandonan el dulce sueño, para elevar á Dios fervorosas preces y pedirle que descargue sobre sus espaldas inocentes los azotes que merecen los pecadores.» Mas antes de que mi acompañante pisase otra vez el santo umbral y se restituyese al mundo, yo le contaría en breves palabras la vida de aquellas religiosas. ¿Veis, le diría, veis aquel reloj que se destaca severo sobre aquella pared desnuda? pues á los ojos de estas religiosas el tiempo, sus horas, sus momentos están contados con la misma precisión con que los cuenta el reloj de la eternidad: aquí un paso vago, una palabra inútil, una mirada curiosa, un momento perdido es mirado como un crimen; aquí se aprovecha hasta el tiempo del comer, en que mientras se alimenta al cuerpo de groseros manjares, se nutre el espíritu con sabrosa lectura; aquí no se pierde ni el tiempo del dormir, en que el duro lecho macera el cuerpo y la escasa cena desvela el espíritu; aquí al preciso descanso sucede la oración, el rezo divino, los divinos oficios; los ejercicios del espíritu se entrelazan convenientemente con ejercicios corporales, y todas esas labores que allá en el siglo se tienen por trabajo, se toman aquí por descanso, y sirven para reforzar el espíritu fatigado de sus penosas tareas. Ahora que ya conoceis la vida del claustro podeis marcharos, y decid al mundo que las religiosas viven en la *holganza*. ¿Se me dirá

que todo esto no es mas que un cuadro de poesía? Pues quitad el colorido á este cuadro y dejad tan solo los perfiles; siempre resultará que la muger mas ocupada del mundo es la muger religiosa.

A esta apología de las órdenes claustrales responderán algunos recordando los servicios de los institutos de caridad, recordando las lágrimas que enjugan, los dolores que calman, las heridas que cicatrizan, los consuelos que prodigan, las bendiciones que obtienen de la humanidad agradecida. Pero ¿acaso no hay en el mundo otros lugares donde pueda ejercerse la caridad mas que los hospitales de sangre y los lazaretos de apestados? ¿Acaso no aquejan á la humanidad otras dolencias que esas llagas y esos humores que destruyen el cuerpo? Hombres ciegos! tentad con el dedo la gran llaga social! ¿No veis como la industria, las artes, el comercio, la política, las leyes y las costumbres todo tiende al sensualismo? ¿No veis como los placeres de la carne absorben hoy la mente y el corazón de nuestras sociedades? Y ¿quién puede hablar á estas sociedades del alma y de Dios sino los claustros, donde la presencia de Dios se hace sensible y donde se despliega en toda su fuerza la vida del espíritu? Ah! si reconocéis que el aire puro que viene de los monasterios sana la corrompida atmósfera de nuestras ciudades, confesad que el influjo moralizador de los claustros es tanto mas provechoso y necesario cuanto es mas necesaria y provechosa la salud de las almas que la de los cuerpos. Si empero sois de aquellos cuya adúltera conciencia no puede sufrir la presencia acusadora de un monasterio, entonces rodead con sacrilego encono la morada de esas almas justas, á la manera que los sodomitas rodearon la casa del justo Lot; pero recordad que cuando aquellos hombres impúdicos forzaron al justo á abandonar su perversa ciudad, el ángel que le señalaba el camino era el ángel del estermínio, y que apenas se alejó de los profanos muros, el fuego de la venganza divina consumió la impura ciudad y á los impuros ciudadanos.

Antes de dejar la pluma, permítaseme volver los ojos hácia nuestra nación infortunada.

¿Qué es lo que ha sucedido en España? Hemos visto á una revolucion victoriosa, que en la embriaguez de su triunfo olvidaba su mision de regenerar la patria, para ensañarse con pueril encono contra unas mugeres indefensas, y que al paso que promulgaba la inicua y bárbara ley que condena á muerte lenta los institutos religiosos, nos regalaba jactanciosas protestas de su *sincero* catolicismo. Ah! era preciso ver convertidos en barricadas los costados de nuestros hasta entonces leales y gloriosos buques; era preciso ver al trono saltar hecho añicos por el hacha de sus jurados defensores, para comprender cómo puedan llamarse católicos unos gobiernos, que á trueque de humillar á las esposas de Jesucristo, no reparan en empequeñecer su mision, conculcar sus principios, desacreditar sus promesas, enagenarse las simpatías de los espíritus nobles, y crear en torno de sí ese vacío moral que los ahoga, y que hace que mientras mueren las religiosas á muerte lenta, mueran ellos de muerte arrebatada. Pero en medio de tanta deshónra nos queda á los baleares un consuelo, y es la generosa conducta de nuestras autoridades. Mientras la historia consigne en negras páginas tantas defecciones y miserias, reservará una página honrosa para esos patrios, que han comprendido que para invocar *justicia* no es necesario oprimir á unas señoras inocentes, y que para proclamar *libertad* no es preciso atar las manos de esas santas vírgenes que noche y dia las tienen en alto rogando por los mismos que las calumnian y las persiguen.

MIGUEL MAURA PRO.

DEFENSA DE LA ASOCIACION DE S. VICENTE DE PAUL,

CARTA AL SR. ROMERO ORTIZ.

(Conclusion.)

Queda pues plenamente demostrado, y con la claridad de la luz del medio dia, no haber nada mas satisfactorio, mas inequívoco, mas explícito y terminante que la enumeracion de los fines que se propone la sociedad de san Vicente de Paul y la de-

finicion del objeto y pensamiento primordial de este á todas luces benemérito instituto.

Comprenderia yo que hubiera V. dicho: los socios de san Vicente de Paul, que en vez de proponerse por objeto único en la limosna y demás obras de caridad el alivio de sus semejantes y la satisfaccion del natural instinto de la compasion, declaran ser su aspiracion principal la mútua edificacion y el cumplimiento de los deberes religiosos, son unos pobres fanáticos y unos insensatos. Lo comprenderia, porque estamos muy acostumbrados á oír que las obras de caridad deben tener un objeto puramente filantrópico y humanitario, cual es el alivio de las desgracias del prójimo, sin consideracion alguna á intereses sobrehumanos. Lo que no puedo comprender es que V., individuo del gobierno provisional que declaró disuelta en octubre de 1868 la sociedad de san Vicente de Paul, al cabo de tres años y medio de un reconocimiento tácito de inculpabilidad, venga á resucitar la pueril presuncion de maquinaciones políticas, infundadas y quiméricas, alegando que no consta cuál sea el objeto y fin de la asociacion, cuando el mismo reglamento que usted tenia entre las manos repite hasta la saciedad que ese fin y ese objeto es la mútua edificacion de los asociados. ¿Tiene V. la bondad de decirme qué hermandad política es esta que admite en su seno á carlistas y republicanos, á moderados y progresistas de todos grados y matices? ¿Será sociedad política una sociedad que ha contribuido en muchos pueblos de España á pacificar y hermanar los ánimos mas discordes y enconados? ¿Puede tener carácter de conciliábulo misterioso y político una conferencia que se reúne semanalmente en parajes por lo comun públicos, como hospicios, hospitales, sacristías, etc., siempre á puerta abierta y con asistencia de los llamados *socios aspirantes*, jóvenes de doce á diez y seis años, incapaces de guardar secreto alguno? ¿Es sociedad política una sociedad que, aun teniendo ramificaciones en todo el orbe, no ha dado jamás motivo justificado en ningun país para que se marquen sus doctrinas ó su sistema? ¿Será política finalmente una asociacion, que disuelta por el gobierno á deshora é impensadamente, entrega á los agentes de la autoridad todos sus libros, todos sus documentos, todos sus papeles, toda su correspondencia, sin que en esta correspondencia ni en estos papeles haya descubierto el gobierno, en tres años y medio que se ha tomado de tiempo para examinarlos, ni el mas leve indicio ni la mas ténue sombra de propósito político? He creído deber entrar en estas consideraciones para anticiparme á destruir

la sospecha, dado que alguno la abrigase, de si podria en lo práctico y real alimentar la sociedad de san Vicente de Paul ideas hostiles ó subversivas en el terreno político, á pesar de prohibir su reglamento toda promiscuidad político-religiosa; y creo que la prueba negativa ha sido concluyente.

Al final de la parte que en su discurso consagra usted á esta asociacion y al hacerse cargo de su organizacion económica, parece como que trata usted de persuadir la existencia en Paris de un poder central absorbente que vive á espensas de las conferencias, enviándole las de España cuantiosos fondos. Desvaneceré en muy pocas palabras los errores que en este punto ha dado V. al pais por verdades inconcusas.

Hay en efecto en la sociedad de san Vicente de Paul un consejo general, al cual pertenecen los presidentes de los consejos superiores de todos los paises en que dicha sociedad está establecida. Este consejo general reside en Paris, porque allí nació la sociedad; pero nada tiene de poder ni de autoridad misteriosa. Consúltasele en las dudas que ocurren, y entonces manifiesta francamente su opinion; pero nunca ha mandado ni exigido obediencia: antes, por el contrario, ha dicho y repetido diferentes veces en sus circulares, que no tienen ninguna autoridad para mandar é imponerse.

Supone V. que este centro general no vive mas que de los fondos remitidos por las conferencias: son sus palabras testuales; pero se equivoca, y usted mismo se contestó anticipadamente al citar el artículo 38 del reglamento, que espresa los varios recursos de que se alimenta la caja del consejo general. ¿Quiere V. ahora que le revele la cifra de los enormes sacrificios que España hacia en provecho de esa pletórica caja de Paris? Pues sepa V. que la sociedad funcionó en España siete años sin enviar un solo céntimo fuera. Los gastos que ocasionaba la gestion de asuntos propios de pobres españoles residentes en Francia, fueron progresivamente creciendo, y el consejo general de Paris nunca cobraba nada por ellos, ni tampoco por los documentos y papeles que con frecuencia remitia. Entonces se pidió y obtuvo la autorizacion del gobierno para remitir al consejo general 1,000 frs. cada año en pago de todo; y así se verificó desde entonces, como consta en los libros de contabilidad y en el BOLETIN que publicaba nuestra sociedad mensualmente, los cuales obran en poder del gobierno. Algo se remitió en una ocasion contribuyendo á la suscripcion en favor de los cristianos de Oriente, y algo tambien, muy poco, para el monumento que se erigia á san Vicente de Paul

en Dax; pero á ningun otro punto fuera de España se ha enviado cantidad alguna, chica ni grande, por ningun otro concepto, á pesar de que no le estaba prohibido á la sociedad el hacerlo.

Mas nos acusa V. de que habiéndonos prevenido por la real autorizacion de 1851 dar conocimiento al gobierno cada vez que remitiésemos fondos á Paris, no hemos hecho constar nuestras remesas en el ministerio de Gracia y Justicia; y voy tambien á contestar á este cargo victoriosamente. Aquella prevencion se nos habia hecho en efecto en la real orden de autorizacion de 18 de julio de 1851; pero cuando en 25 de febrero de 1857 impetramos, por un exceso de delicadeza de nuestra parte, el permiso del gobierno para enviar al consejo general, segun dije antes, 1.000 frs. anuales por todo gasto, en 13 de julio de aquel mismo año se nos contestó de real orden que podiamos mandar las cantidades que quisiésemos, cuidando solo de entregar al gobierno todos los meses un ejemplar de nuestro BOLETIN, ya que en él se daba cuenta detallada de todos los ingresos y gastos de la sociedad. Desde entonces se remesaron anualmente los 1,000 frs. de una sola vez, y el BOLETIN se enviaba todos los meses al ministerio y al gobierno civil.

¿Cómo, pues, ha dicho V. desde el congreso al pais: *Yo he pedido nota de esas remesas en el ministerio de Gracia y Justicia, y allí, señores, no existen!*

Afirma V. por último, que habiéndosele acercado alguna persona pidiendo el restablecimiento de la asociacion, ha contestado que no tenia inconveniente en que se restableciera aquí, con tal de que el centro residiese en Madrid y no en Paris, y que esto *no se habia querido aceptar*. A semejante asercion solo tengo que oponer que NINGUNO DE LOS SOCIOS QUE COMPONIAN EL CONSEJO SUPERIOR DE ESPAÑA TUVO EL MENOR CONOCIMIENTO DE TAL OFERTA: y lo afirmo sin temor de ser desmentido.

Pero procedamos de una vez con lisura y llaneza: V. ve perfectamente que la sociedad de san Vicente de Paul no tiene ningun fin político ni responde á miras *liberticidas*, y es una insigne bobada que haga yo mas esfuerzos para demostrárselo, cuando ya se lo han hecho patente el reglamento que tiene usted en su poder y los papeles de la sociedad de que está hace tres años y medio apoderado el gobierno. Seamos francos: lo que á V. quizá desagrada, lo que tal vez le es antipático y le parece vituperable, es ese mismo *objeto* que nosotros señalamos como principal y cardinal en el ejercicio de la caridad cristiana. Pues bien: esta misma caridad me impone el deber de explicarme con V. mas latamente. Un

gran filósofo pagano me lo exige también: *nemo enim justus esse potest, qui mortem qui dolorem, qui exilium, qui egestatem timet, aut qui ea quæ his sunt contraria aequitati anteponeat.* (Cic. de Off.)

El amor de Dios, en que se confunden los amores de la suprema verdad, de la suprema bondad y de la suprema belleza, ha sido siempre el fin primordial de toda *caridad*, según las enseñanzas de la Iglesia en que V. y yo y la generalidad de los que nos leen hemos nacido, enseñanzas cuyo principio se funde en nuestra mente con las tiernas memorias de las primeras caricias de nuestros padres. No concibe el mundo cristiano obra buena que no se haga por el amor de Dios, á tal punto que ha venido á ser proverbial en todos los idiomas modernos este motivo sobrehumano de toda buena acción. Por amor de Dios damos la limosna al inocente niño que abandonado en medio de la nieve tiende al pasajero la mano aterida, y al pobre octogenario que tiritaba de frío en la encrucijada, y á la desvalida madre estenuada y cubierta de andrajos, rodeada de hijos que desfallecen de inedia. Por amor de Dios pide el padre al hijo extraviado que abandone las malas compañías y vuelva al camino del deber y del honor. Por amor de Dios aconsejamos al amigo que no ceda á una mala sugestión, que renuncie á una pasión criminal, ó que no retroceda de un propósito virtuoso. Por amor de Dios pedimos todo lo que consideramos difícil cuando motivos puramente humanos no alcanzan á lograrlo, como la justicia contra el interés, la reparación de la honra vulnerada, la reconciliación con el enemigo, el beneficio para el mismo enemigo, y actos de heroísmo en las grandes calamidades y conflictos de la vida. Por amor de Dios volaban al martirio huestes numerosas de cristianos, sin distinción de edad ni de sexo, gozosos de cimentar con su sangre la Iglesia que había de civilizar la tierra; y por amor de Dios renuncian á todos los atractivos del mundo y rompen todos los lazos que suelen enfeudar al mágico dominio del placer la belleza y la juventud, para abrazar una existencia de penalidades, esos ángeles de abnegación llamados *Hermanas de la Caridad*.

En este amor de Dios se compendia y resume toda la moral del cristianismo, de tal manera, que según doctrina constante de todos los padres de la Iglesia, nada vale la observancia de todos los otros mandamientos de la ley divina, si se falta al primero y principal de ellos, que es ese amor á Dios. Dios es la causa de todo lo que hacemos por el prójimo, y entonces amamos á nuestros hermanos verdaderamente, cuando los amamos por Dios. Por eso

observan los escritores sagrados que los siete mandamientos que miran al provecho de nuestros semejantes, y que estaban esculpidos en la segunda de las tablas del Decálogo, son como siete ramos que salen de los tres mandamientos esculpidos en la tabla primera. Habrá quien observe que esta doctrina huele á sotana y á rapé, pero muchas cosas buenas y santas tenemos comunes todos los cristianos, aunque no gastemos rapé ni sotana; y sobre todo, no por ser esta doctrina la que predicaron después de Cristo los apóstoles, los santos, los graves doctores y los padres de la Iglesia, deja de ser ella la que profesan los mas grandes poetas y escritores, justo orgullo de las humanas letras. Ella es la que esmalta los mas hermosos conceptos de los *Autos sacramentales* de Calderón y de los cantos de otros célebres vates del siglo de oro. Pues oiga V. á Manzoni en sus admirables *Observaciones sobre la moral católica*; oiga V. á Donoso Cortés, á Tomás Moore, al conde de Stolberg, á toda la pléyada de ingenios católicos, cuyos testimonios reunió, como en precioso guarda-joyas, el ingenioso autor de la obra *La raison du christianisme*; y oiga V., por último, cómo bendice un inolvidable poeta italiano, mártir del santo amor de su patria, el heroísmo de las tiernas doncellitas que se consagran al cuidado de los niños de los pobres en las salas de asilo:

Ah! si benedette voi tutte, o bell' alme,
che ai miseri infanti porgete le palme,
di padri e di madri vestendo l' amor!
Pensier non vi preme di plauso o di scherno:
i poveri amando amate l' Eterno;
ai bimbi servendo servite al Signor.

Bien sé que hay almas nobles y generosas que hacen sorprendentes obras de beneficencia prescindiendo de toda mira sobrehumana. Pero ¿qué quiere esto decir sino que hay espíritus hermosos y desgraciados, que tienen olvidadas y ociosas sus brillantes alas, como hay flores cuyo aroma se pierde en los desiertos, y como hay nubes que solo descargan sobre los pedregales? Mas no por esto destruyamos la admirable economía del mundo moral. El alma humana acomete los mas heroicos sacrificios, segura de un galardón proporcionado á la dificultad de sus empresas. No violentemos con un forzado estoicismo el orden racional de la naturaleza: el ave ha nacido para lanzarse á la región de las nubes; el mar fué formado para espaciarse gallarda y libremente entre los continentes; el amor, la caridad, tienen su fuerza expansiva semejante á la del fuego, y el amor va derecho á Dios, como va la saeta á su blanco, como se eleva la llama al firmamento, como

la voz va al espacio, como va el rayo á los abismos del cielo ó de la tierra.

Disputen en buen hora los mas sutiles teólogos sobre si el amor de Dios es mas perfecto cuando menos interesado; esto es, sobre si la caridad es mas acendrada cuando se ejerce por el amor de Dios, sin consideracion alguna al premio ofrecido en la vida futura. Fenelon y Bossuet sostuvieron sobre este punto una famosa controversia, y triunfó por fin la doctrina de santo Tomás de que el amor presente y la felicidad futura van siempre unidos, que es la doctrina que sostiene la *escuela*. Pero en lo que convienen todos es en que las virtudes cristianas, de todas las cuales es resúmen la *caridad*, deben ejercerse por el amor de Dios, sea con la mira del premio futuro ó sin ella. En nuestra España, patria gloriosa de los grandes sacrificios, la mas popular es la doctrina del amor desinteresado, que hacia esclamar á san Francisco Javier:

Muéveme, Dios, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

¡Ah! Sr. Romero Ortiz, ejerzamos todos la caridad á que nos llaman la Iglesia en cuyo gremio hemos sido bautizados, los dulces recuerdos de nuestra infancia, de nuestras madres, de nuestro hogar, de nuestra patria; y si hasta ahora ha abrigado V. una creencia errónea respecto de la sociedad de san Vicente de Paul, de cuyas limosnas, importantes de tres á cuatro millones de reales anuales, ha privado V. á tantos y tantos pobres, reconozca con magnánima caridad que se ha equivocado. Líbrese de la inmensa responsabilidad que ya de seguro pesa sobre su conciencia, y procure por cuantos medios le sugieran su importancia política, su nombre, su elevada categoría y su influencia, hacer que *por amor de Dios* se nos permita de nuevo seguir funcionando, es decir, *conspirando*... ¿contra quién? contra la incredulidad, contra los odios de clase, contra la ignorancia y contra la miseria.

Con este motivo ofrece á V. las seguridades de su aprecio y consideracion su afectísimo y seguro servidor Q. S. M. B.

PEDRO DE MADRAZO.

CRÓNICA.

En la mañana del 24 de junio el padre Cesari de la orden de los Cistercienses leyó al papa, en nombre de los generales y gefes de las órdenes presentes en audiencia, un mensaje en accion de gracias por su enérgica protesta en favor de las amenazadas órdenes religiosas, espresando además el mensaje la esperanza de que la situacion se mejorará en un plazo no lejano. Su santidad respondió:

«No es dudoso, y siempre he estado convencido de ello, que las órdenes religiosas marchan por el camino de la perfeccion. No es dudoso que son el sosten de la Iglesia, la que por decirlo así está como rodeada por las diversas órdenes religiosas (*circumdata varietate*), las cuales deben sostenerla con su ejemplo, con sus escritos, con sus oraciones, de todas las maneras, como siempre lo hemos visto en la historia de esos conventos tan útiles y tan necesarios á la Iglesia.

En los primeros siglos (hablo del tiempo que siguió á la persecucion de los emperadores paganos), los soberanos pontífices han sido arrancados del claustro pasando desde la vida contemplativa al gobierno de la Iglesia.

Ved aquí la razón por la cual hemos creído necesario hacer entender á los usurpadores que la supresion de las órdenes religiosas no es otra cosa que un nuevo medio de destruccion empleado contra la Iglesia; que es destruirla obligar á los clérigos al servicio militar, que es destruirla confiscar los conventos y los monasterios en donde se instruyen tantos jóvenes llenos de ardorosa fé que con el tiempo están llamados á ser los brazos del papa; en una palabra, que se procura una destruccion bajo todos los puntos de vista. Era pues indispensable que yo hablase para hacer conocer la verdad.

Por lo demás, tened confianza en Dios y no temais nada. Preparaos vosotros mismos á luchar por todos los medios posibles, y sostened vuestros derechos de palabra y por escrito. Hablad con respeto, pero tambien con firmeza; decid la verdad y decidla con la frente alta.

No seais imprudentes, pero sí constantes: sed fuertes sin ser temerarios. Poned vuestros corazones y vuestras voluntades en manos de Dios, á fin de que os guie por el camino de la justicia, y para que os conceda las gracias que son necesarias para defender los derechos del sumo pontífice y de la santa sede, puesto que sin papa no hay Iglesia, del mismo modo que no existiendo la silla de san Pedro no puede existir la sociedad católica.

Que Dios os dé valor y os consuele en las calamidades que os amenazan. Al daros las gracias por el óbolo que me ofreceis, os bendigo con todo mi corazón. Bendigo á todos los que están aquí presentes y con ellos á todas las corporaciones religiosas. Que esta bendicion os inspire á todos sentimientos de caridad, humildad y firmeza, y al mismo tiempo derrame sobre vosotros todas las gracias de que tanta necesidad teneis, á fin de que podais llevar á cabo todo lo necesario para la defensa de la Iglesia, para gloria de Dios y salud de las almas.»

Terminada que fué la anterior audiencia se dirigió el papa á la galeria conocida con el nombre de la de los Mapas, en la que se encontraba formada la guardia palatina. El general Guglielmi leyó un magnífico discurso, al cual respondió su santidad:

«De buen grado os concedo mi bendicion, tanto mas cuanto que me veo rodeado de personas que visten el uniforme de la guardia palatina, no siendo vuestra divisa la de los antiguos palatinos ó pretorianos, que no aspiraban mas que á destronar un emperador para sustituirlo con otro. Vosotros, por el contrario, por mas que *ciertos pretorianos* me hayan arrojado del poder, me seguís siendo fieles y constantes, seguís prestándome vuestros servicios en la parte que en estos tiempos os es posible, pero seguramente con la esperanza de poder prestármelos en el porvenir con mas fruto y de ver restablecido el antiguo orden de cosas, imperar el orden de nuevo, y la justicia ejercida libre y sin las ligaduras que la sujetan al mismo tiempo que retienen cautivo al vicario de Jesucristo.

A pesar de esto puedo bendeciros todavía, y os bendigo á todos los que me habeis renovado la seguridad de vuestra adhesión y constancia. Os bendigo porque sois verdaderos palatinos, es decir, defensores del palacio y de los que en él habitan, y hago extensiva también mi bendición á vuestras familias, para que podáis gozar juntos de la paz que nace de la tranquilidad de la conciencia.»

El día 25 por la tarde recibió el papa á los miembros del *Círculo alemán de lecturas católicas en Roma*. Al responder á las felicitaciones de dicha corporación, el papa les dió las gracias, pronunciando las palabras siguientes:

«He recibido ya las felicitaciones de muchas diócesis de Alemania que han celebrado con oraciones públicas la larga duración de mi pontificado. Es un medio para que se moderen los perseguidores de la Iglesia que existen en Alemania: combatidlos con constancia y valor en vuestros escritos, al propio tiempo que con vuestra palabra. La persecución está preparada y ha principiado ya en Alemania: á consecuencia de los triunfos que ha obtenido, el primer ministro de un gobierno se ha convertido en el principal agente de esta persecución; pero nosotros le hemos mandado á decir que todo triunfo sin modestia es pasajero, y que el triunfo con espíritu de persecución contra la Iglesia es la mayor necesidad del mundo. La persecución misma que los católicos soportan hará que el triunfo del perseguidor sea efímero.

He hecho decir á ese primer ministro que hasta hoy los católicos han sido favorables al imperio alemán, que siempre he recibido de los obispos y católicos alemanes informes en los que sin cesar me han declarado que estaban contentos de la benevolencia con que eran tratados por el gobierno, y de la libertad que se conservaba á la Iglesia, añadiendo que el gobierno por su parte estaba satisfecho del comportamiento de los católicos. El papa no puede menos de preguntarse, cómo después de esas declaraciones los católicos pueden haberse transformado en súbditos desobedientes y revoltosos. He hecho hacer esta pregunta, pero no he recibido respuesta ni la obtendré, puesto que nada puede contestárseme.

Tened fé, uníos, que una piedra se desprenderá de la montaña y quebrantará el pedestal del coloso. Si Dios permite que surjan nuevas persecuciones, la Iglesia no las teme; al contrario, se fortalece y se purifica, porque hasta en la misma Iglesia hay que purificar, y nada contribuye tanto á ello como las persecuciones de los grandes de la tierra. Esperemos la voluntad del Señor, pero esperemos llenos de confianza, de respeto y de docilidad hácia el gobierno, esceptuando sin embargo las leyes que son contrarias á la Iglesia.»

El mismo día recibió el papa en el salón del consistorio á los empleados del ministerio del interior y á los presidentes y vicepresidentes de los distritos de Roma. Al presentarse en la sala fué objeto de aclamaciones entusiastas; el abogado Pacolli leyó un largo mensaje, al que el papa contestó en los términos siguientes:

«Ved aquí los nuevos frutos de amor y de confianza que esta reunión de empleados me ofrece hoy, y que vos comparais con la admiración y el amor de que Jesucristo era objeto por parte del pueblo de Israel. Al predicar caminaba: tanto agradaban sus palabras, y conmovían de una manera tal los corazones, que millares de personas, hasta los pequeños y las mujeres, seguían á Jesucristo al desierto, solamente para escuchar de su boca las palabras de la vida eterna.

Vosotros también en estos tristes días venís á ver á vuestro soberano, y haceis lo que está en vuestra mano para consolar su corazón, desgarrado por tantas tribulaciones. Procuro imitar á Jesucristo en lo posible. El se compadeció de la multitud hambrienta; yo también me compadezco de los empleados, y les doy algo para que puedan vivir. Jesucristo no les dió un festín magnífico, pues según el evangelio las personas que le acompañaban tuvieron la tierra por mesa y por silla, y por alimento pan y peces. No eran ciertamente manjares escogidos y vinos superiores, y yo

por mi parte imitándole, no puedo dar todo lo que mi corazón desearía; pero procuraré que no falte lo indispensable.

Venís al vicario de Jesucristo, y el vicario de Jesucristo no olvida demostraros su amor y su gratitud. Diré aquí entre nosotros que algunos empleados, que han hecho causa común con los que han venido á destruir los muros de la Puerta Pia, hacen instancias para obtener socorros. Esto prueba que no se encuentran muy bien; pero es preciso que se contenten también ellos con lo que reciben. Esto lo digo por los pocos que han tomado un partido diferente al vuestro, y que no demuestran ciertamente estar muy satisfechos de su nuevo dueño cuando acuden al antiguo para que los ampare. Doy gracias á Dios que os ha protegido, esperando se realicen las buenas esperanzas que en este momento acaba de manifestar el abogado Pacolli, y que como vosotros creo se realizarán en breve plazo.

Pero este plazo está en manos de Dios. No debemos esperar como los primeros cristianos, que esperaban después de la muerte de nuestro Señor Jesucristo la muerte de este ó aquel, este ó el otro acontecimiento; lo que importa, lo indispensable es cumplir la voluntad de Dios cuándo y en la forma que se sirva ordenarla.

¡Valor y fé en Dios! Lo que os encargo es que pongáis todo vuestro cuidado en alejar á vuestros hijos de la sentina de vicios y obscenidades, en la cual se quiere convertir á Roma, á esta ciudad que estando destinada por Dios para capital del catolicismo, parece en ciertos momentos, en ciertos días la capital de la impiedad. Velad para que la juventud no pierda la fé, porque esta sería la mayor pérdida que podrían experimentar. Imploro sobre vosotros la bendición de Dios, bendiciendoos á mi vez á vosotros y á vuestros parientes para que seáis constantes en su santo servicio.»

El día de la festividad de S. Pedro y S. Pablo, á las siete y tres cuartos de la mañana, apareció Pio IX en la capilla Sixtina, donde había unas 120 personas invitadas, vestido de blanco con muceta encarnada, rodeado de los nobles personajes de su corte, alegre, bondadoso,* hablando con todos los concurrentes sin distinguir á grandes ni pequeños. Revestido de los sagrados ornamentos, celebró la santa misa con la facilidad de movimientos propia solo en un joven, no en un anciano de su edad. Asistieronle monseñor Merode y el prefecto de ceremonias monseñor Martinucci, y dió la sagrada comunión á 69 fieles de ambos sexos. A medio día recibió su santidad á los alumnos de las escuelas cristianas presentados por sus superiores, encareciendo á unos y otros la necesidad urgente de la educación é instrucción cristianas como valladar que oponer al desborde de las malas pasiones.

El 30 día de S. Pablo su santidad dió la comunión á muchas personas distinguidas y consagró obispo de san Pedro al cardenal Sacconi. Varios prelados, entre ellos monseñor Howard, y muchos personajes asistieron á la ceremonia. La muchedumbre era inmensa. El papa, cuyo rostro irradiaba de alegría, dió una vuelta completa á la sala de las recepciones, en medio de las aclamaciones de los circunstantes. Los miembros de la sociedad promotora de las buenas obras llenaban la galería Rafael y una parte del museo Stantino. Al aparecer el papa, un coro de cincuenta voces dirigido por el Sr. Meluzzi entonó el versículo *Tu es Petrus*, que produjo un general entusiasmo y fervorosos vivas. Formaban el coro los alumnos de san Salvador in Lauro, escuela de música fundada por Pio IX. Al final del canto, el pontífice les dirigió palabras de gratitud por sus progresos en el arte religioso, contestadas con los más nutridos vivas.

El arzobispo de París ha dirigido una carta circular á todos los párrocos de su diócesis, con el objeto de que abran una suscripción para llevar á cabo la construcción de una iglesia votiva en honor del sagrado Corazón de Jesús, como expresión del deseo nacional de que Francia vuelva á los buenos principios religiosos, y cesen los males que sufre.